



✠ Lectura del santo evangelio según san Juan (1,6-8.19-28):

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

Y éste fue el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, a que le preguntaran: «¿Tú quién eres?» Él confesó sin reservas: «Yo no soy el Mesías.»

Le preguntaron: «¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías?» El dijo: «No lo soy.» «¿Eres tú el Profeta?» Respondió: «No.»

Y le dijeron: «¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?»

Él contestó: «Yo soy la voz que grita en el desierto: "Allanad el camino del Señor", como dijo el profeta Isaías.»

Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: «Entonces, ¿por qué bautizas, si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?»

Juan les respondió: «Yo bautizo con agua; en medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia.»

Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.



A esta luz, para mí es un verdadero placer renovar la hermosa tradición de la bendición de las estatuillas del Niño Jesús que se pondrán en el belén (...) Os invito a uniros a mí siguiendo atentamente esta oración:

Dios, Padre nuestro, tú has amado tanto a los hombres que nos has mandado a tu Hijo único Jesús, nacido de la Virgen María, para salvarnos y guiarnos de nuevo a ti.

Te pedimos que, con tu bendición, estas imágenes de Jesús, que está a punto de venir a nosotros, sean en nuestros hogares signo de tu presencia y de tu amor.

Padre bueno, bendícenos también a nosotros, a nuestros padres, a nuestras familias y a nuestros amigos.

Abre nuestro corazón, para que recibamos a Jesús con alegría, para que hagamos siempre lo que él nos pide y lo veamos en todos los que necesitan nuestro amor.

Te lo pedimos en nombre de Jesús, tu Hijo amado, que viene para dar al mundo la paz. Él vive y reina por los siglos de los siglos. Amén. (Benedicto XVI)

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN

1. Alegraos con el Señor. La verdadera alegría.

Comenta Benedicto XVI:

La liturgia de este domingo Gaudete, nos invita a la alegría, a una vigilancia no triste, sino gozosa. «Gaudete in Domino semper» — escribe san Pablo—. «Alegraos siempre en el Señor» (Flp 4, 4). La verdadera alegría no es fruto del divertirse, entendido en el sentido etimológico de la palabra di-vertere, es decir, desentenderse de los compromisos de la vida y de sus responsabilidades. La verdadera alegría está vinculada a algo más profundo. Ciertamente, en los ritmos diarios, a menudo frenéticos, es importante encontrar tiempo para el descanso, para la distensión, pero la alegría verdadera está vinculada a la relación con Dios. Quien ha encontrado a Cristo en su propia vida, experimenta en el corazón una serenidad y una alegría que nadie ni ninguna situación le pueden quitar.

San Agustín lo había entendido muy bien; en su búsqueda de la verdad, de la paz, de la alegría, tras haber buscado en vano en múltiples cosas, concluye con la célebre frase de que el corazón del hombre está inquieto, no encuentra serenidad y paz hasta que descansa en Dios. La verdadera alegría no es un simple estado de ánimo pasajero, ni algo que se logra con el propio esfuerzo, sino que es un don, nace del encuentro con la persona viva de Jesús, de hacerle espacio en nosotros, de acoger al Espíritu Santo que guía nuestra

EXPLICACIÓN DEL EVANGELIO

Este domingo tercero del tiempo de Adviento, se llama domingo "Gaudete", "estad alegres", porque la antífona de entrada de la santa misa retoma una expresión de san Pablo en la carta a los Filipenses, que dice así: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres". E inmediatamente después añade el motivo: "El Señor está cerca" (Flp 4, 4-5). Esta es la razón de nuestra alegría. Pero **¿qué significa que "el Señor está cerca"**? ¿En qué sentido debemos entender esta "cercanía" de Dios?

El apóstol san Pablo, al escribir a los cristianos de Filipos, piensa evidentemente en la vuelta de Cristo, y los invita a alegrarse porque es segura. Sin embargo, el mismo san Pablo, en su carta a los Tesalonicenses, advierte que nadie puede conocer el momento de la venida del Señor (cf. 1 Ts 5, 1-2), y pone en guardia contra cualquier alarmismo, como si la vuelta de Cristo fuera inminente (cf. 2 Ts 2, 1-2).

Así, ya entonces, la Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, comprendía cada vez mejor que la "cercanía" de Dios no es una cuestión de espacio y de tiempo, sino más bien una **cuestión de amor**: el amor acerca. La próxima Navidad nos recordará esta verdad fundamental de nuestra fe y, ante el belén, podremos gustar la alegría cristiana, contemplando en Jesús recién nacido el rostro de Dios que por amor se acercó a nosotros.

vida. Es la invitación que hace el apóstol san Pablo, que dice: «Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo» (1 Ts 5, 23). En este tiempo de Adviento reforzemos la certeza de que el Señor ha venido en medio de nosotros y continuamente renueva su presencia de consolación, de amor y de alegría. Confiemos en él; como afirma también san Agustín, a la luz de su experiencia: el Señor está más cerca de nosotros que nosotros mismos: «interior intimo meo et superior summo meo» (Confesiones, III, 6, 11). Encomendemos nuestro camino a la Virgen Inmaculada, cuyo espíritu se llenó de alegría en Dios Salvador. Que ella guíe nuestro corazón en la espera gozosa de la venida de Jesús, una espera llena de oración y de buenas obras.

2. Un hombre enviado por Dios, llamado Juan

Comenta el P. Morales:

Juan Bautista entona su melodía en el Evangelio. Es el más grande entre los santos, el mayor profeta entre los nacidos de mujer. Así lo retrata Jesús. Es el precursor, el vocero de Cristo. Su melodía se hace severa, imponente. Penitencia, rectitud, pureza para recibir a Cristo, para que nazca en los corazones. Su vida, sus palabras, descubren al heraldo anunciador de Jesús.

Juan es un joven. No ve el mundo como el resto de los hombres. Sin embargo, nada tiene de anormal. Se retira al desierto, vive como eremita. Una gran misión le espera. Debe ser el precursor. Y no le parece demasiado consagrar toda su juventud a prepararse. Los viejos pintores nos presentan a San Juan Bautista adolescente.

Brilla en sus ojos la gloria que atisba. Y Juan se prepara por el renunciamento, el olvido de sí. Lejos de los hombres, solo, en el desierto. Toscamente vestido, se nutre con comida silvestre. Vivienda, alimentación, vestido, no cuentan para él. Su vida es el alma. Y en su alma, que no se resiste, Dios va modelando, por María desde los días de la visitación, al gran precursor. Juan va precediendo también en la historia a esos muchachos de quince años de juicio más maduro que el de muchos adultos. Muchachos de quince años a quienes se podría dejar con más tranquilidad abandonados a sí mismos, en el desierto o en cualquier otro lugar, que a muchos ministros, generales o banqueros.

3. No era él la luz, sino testigo de la luz- La Luz es Cristo

Comenta San Juan Pablo II:

El evangelio nos presenta a Juan como el «testigo de la luz». La luz que nos señala es la persona de Cristo, que no duda en decir de sí mismo: «Yo soy la luz del mundo» (Jn 8, 12). ¡Jesús es la luz del mundo!

Es esta una afirmación inaudita, a primera vista desconcertante, pero plenamente creíble en boca de Jesús, que, con sus palabras y sus obras, y sobre todo con su muerte y resurrección, demostró que era el «Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos» (Símbolo Niceno-constantinopolitano).

Muchos mártires dieron su vida para testimoniar su fe en él (...) Sí, Cristo es luz porque, en su identidad divina, revela el rostro del Padre. Pero también lo es porque, siendo hombre como nosotros, solidario en todo con nosotros, a

excepción del pecado, revela el hombre al propio hombre. Lamentablemente, el pecado ha ofuscado en nosotros la capacidad de conocer y seguir la luz de la verdad; más aún, como advierte el apóstol Pablo, ha cambiado «la verdad de Dios por la mentira» (Rm 1, 25). Con su encarnación, el Verbo de Dios vino a traer al hombre la luz plena. El Vaticano II dice a este respecto: «Realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (Gaudium et spes, 22).

4. Yo soy la voz que grita en el desierto: allanad el camino al Señor...

Juan es la voz en grito anunciando la llegada del Salvador. ¿Qué nos dice Juan gritando? Nos comenta el P. Morales:

Preparad los caminos del Señor.

No son vuestros pensamientos los míos, había dicho el Señor por Isaías; ni vuestros caminos los míos (cf. Is55,8). Para encontrarse con Cristo hay que marchar en dirección opuesta al mundo. Pasar cuando hay disco rojo y detenerse si aparece el verde. Te bendigo, Padre de los cielos, porque ocultas estas cosas —el Reino de los cielos, el misterio de Cristo pobre y humilde— a los sabios y prudentes del mundo, y se las revelas a los pequeñuelos (Lc 10,21). Preparad los caminos del Señor olvidándoos de vuestro «propio amor, querer e interés», como diría Iñigo de Loyola.

Enderezad vuestros torcidos senderos. No llevan a Dios; conducen al egoísmo, al pecado, a la perdición, aunque aparezcan alfombrados de rosas. Crudas espinas bajo blandas flores, placeres con raíces de dolores, dolores con semblante de placeres. Si no me dejo seducir, enderezaré mis torcidos senderos, me dispondré, santa Madre de Dios, para que tú pongas siempre entre mis brazos a Jesús.

Los montes y colinas serán rebajados y los valles serán rellenados

Todo monte será terraplenado, toda soberbia desaparecerá. —«¡Dios te salve, María; Madre humildísima! allana montañas que la soberbia levanta en mi corazón». En unos ejercicios, un ejercitante te pedía una bomba de humildad para que salte el dique de soberbia que me separa de Dios. Eso te pido también. Sé muy bien que un carro de virtudes, tirado por la soberbia, desemboca en el infierno; mientras un carro de vicios, conducido por la humildad, me lleva al cielo. Sí, todo monte será allanado...

Y todo valle sea rellenado. Fuera desánimo, lejos el desaliento. Palpando mi nada por la humildad que engendra el propio conocimiento, empiezo ya a tocar a Dios. Confianza. Una mística contemporánea cuyo nombre se oculta en el pseudónimo Lucía-Cristina, en su diario espiritual, escribe: «25 agosto 1882. Bondad de Jesús sentida en la comunión. Morimos sin haber conocido la bondad del Señor, a pesar de estas inefables comunicaciones». Sí, bondad de Jesús compadeciéndose de nuestra nada.

Dios nos da siempre lo que pedimos o lo que Él sabe nos será más útil (San Bernardo). Y San Agustín, comentando el evangelio de Juan, dijo: «Algunas cosas que pedimos en la oración no se nos niegan, sino que se aplaza su concesión para el momento oportuno». Todo valle será colmado, tus miserias se transformarán en perlas si confías. Jamás se espera bastante de Dios. Se obtiene de Él cuanto de Él se espera, te dice Teresa de Lisieux. Sí; todo valle será rellenado.